

Un perro, un hombre

Una mañana, al llegar a la fábrica, los trabajadores vimos ante la puerta de entrada un extraño visitante: un perro grande, de doliente figura fatigada de costillas y espinazo y pelambre inerte, quien al poner en nuestros ojos su mirada cansina y triste, movía la cola con deplorable lentitud, empeñado en extraer de sus melladas fuerzas algún impulso que le permitiera mostrarnos amistad. El animal nos conmovió.

Al mediodía, en la hora del descanso para el almuerzo, supimos que se hallaba en los dominios de la fábrica. Atravesamos la polvorienta explanada que se extendía detrás del edificio de los talleres y lo encontramos durmiendo en el umbral de la choza del hombre que hacía la guardia nocturna. El portero, conmovido también, esa mañana nos había prometido pedirle al guardián que le diera para siempre un lugar junto a la choza. La figura del visitante y su triste mirada habían movido a compasión al guardián y le habían puesto la misma certeza que desde temprano

nos traspasaba el alma a los demás: la aparición de ese pobre animal era una súplica de que lo ayudáramos a dejar atrás una vida de dolorosa orfandad.

Reuniendo diariamente entre nosotros cada céntimo, le llevábamos en una bolsa una ración de almuerzo que adquiríamos en un modesto restaurante de la zona, el mismo restaurante donde solíamos almorzar. El sábado entregábamos al guardián los indispensables céntimos para la ración del domingo, día de nuestra ausencia semanal.

Un día vimos que lucía un collar. Era un fajín de cuero barnizado y rojizo, sujeto por una hebilla plateada. El guardián se lo había puesto, luego de hacerlo vacunar contra la rabia.

Los sábados por la tarde, al salir con nuestra paga, encontrábamos venta de comida muy especial enfrente de la fábrica, en unos quioscos que en los demás días de semana permanecían cerrados. Eran nuestros momentos de jolgorio, y también para el perro, que atrapaba ahí unos trozos de carne y se llevaba algunos huesos a su refugio. Con el tiempo, el brillo que adquirió su pelambre parecía subrayar con rotundidad la transfiguración: un cuerpo robustecido, palpitante de un ánimo profundo por la vida, presto a la entrega generosa ante nuestros requerimientos de juegos y caricias (obediente, traía en la boca la pequeña piedra o el trozo de madera que habíamos lanzado lejos; caminaba sobre las patas traseras en pos de un pañuelo en alto sostenido por una mano que se alejaba cada vez más;

con dulce blandura presionaba en la boca la mano huidiza que le había estado provocando cosquillas...).

Por esas trapacerías que no pocas veces se urden con los papeles en el manejo de la justicia, un mal día los dueños cerraron la fábrica, alegando que ya no era negocio, que había pérdidas. Y como entonces, ante tamaña mentira, había que luchar por su reapertura al tiempo que vivir de la caridad, instalamos una olla común. La instalamos delante de los quioscos, frente a la fachada de la fábrica. Tener a la vista lo que había sido nuestra fuente de trabajo, queríamos que ayudara a mantenernos encendida la decisión de luchar. Cada día, organizados en grupos, recorríamos los mercados de la zona, y siempre había, entre los comerciantes más modestos, quienes se condolían y respondían a nuestra petición obsequiándonos algunos comestibles que cocíamos en lo que era la mitad de un cilindro —nuestra olla común—, con un fuego de trozos de viejas maderas y ramas secas extraídos de los numerosos montículos de desechos que había en la zona. Al mediodía llegaban nuestros hijos a participar, junto con nosotros, de la única comida del día.

En los días sucesivos fuimos muchas veces en marcha a protestar ante el Palacio de Justicia y ante el edificio del Ministerio de Trabajo, soportando el asedio de la policía, sus gases lacrimógenos, sus arremetidas. Y junto con nosotros iba también nuestro amigo el perro, como si el dolor que nos afligía lo sintiera tanto o más que nosotros y quisiera estar a nuestro lado para

ayudar a remediarlo. Mientras nos aproximábamos a esos edificios, avanzaba con una sombría decisión en los ojos, gruñendo de continuo, los pelos erizados desde la nuca hasta el lomo y una extraña vibración corporal que parecía provenir de un fuego interior, como si olfateara la presencia cada vez más cercana de un enemigo cruel y abominable y sintiera una impaciencia rabiosa por enfrentarlo cuanto antes. De pronto, desde lejos, la policía en arremetida, y el cuerpo embravecido del perro, sin ceder un palmo de terreno, estallaba entonces en poderosos ladridos, de cara a la policía, que se oían como si el cielo se resquebrajara. En nuestra tensa retirada, los más cercanos a él tenían que volver y, asiéndolo del collar, lo alejaban de prisa para que no le hicieran daño. Algunos de nosotros quedábamos atrapados en las películas fotográficas de una gavilla embrutecida y sin nombre, enmascarada de periodismo.

Pero después, en los días en que la policía irrumpía en el lugar de nuestra olla común, unas veces volcando la olla, otras arrojando tierra y basura en los alimentos, y siempre, indefectiblemente, golpeándonos sin misericordia y disparando al aire para hacer huir a nuestro amigo que se había arrojado sobre alguno de nuestros atacantes o errando providencialmente los tiros que acallaran la incesante furia de su garganta, comprendimos que el verdadero rostro de las trapecerías era la barbarie: hasta ese derecho del hombre de preparar sus alimentos no existía para nosotros.

Y así, presos unos, heridos otros, perseguidos los más, el mundo nos olvidó.

De aquel amigo nuestro no supimos más. Devuelto a la vida de dolorosa orfandad, el pobre andará por ahí exactamente como nosotros: huesudo, triste, desesperado por conseguir algún alimento, sintiendo ese amargo sabor que tiene la vida en un mundo donde los hombres no están reunidos.